

La polarización mundial y sus consecuencias económicas y sociales

02.10.2024

Se me invita a reflexionar sobre la polarización mundial y sus efectos económicos y sociales.

No siendo académico, trataré de compartir con ustedes las conclusiones –siempre provisionales– a que voy llegando, desde mi experiencia de gobierno, mis propias lecturas y la observación de la realidad.

Hablamos de “polarización”, es decir, el fenómeno por el cual las opiniones públicas se dividen en extremos opuestos.

Obviamente esto solo puede ocurrir en países en los que haya, en alguna medida, pluralismo político y opinión pública, en las democracias. En mi sentir, la polarización es, precisamente, su enfermedad más característica hoy en día.

Polarización es palabra de moda. Hay poca discusión en torno a su existencia, verificada empíricamente de forma abrumadora.

En la última década, en Europa, por ejemplo, el voto a favor de los partidos anti-establishment, ya sean populistas, radicales, de extrema derecha o extrema izquierda, ha aumentado exponencialmente.

El número de trabajos que señalan las consecuencias negativas de la polarización en el funcionamiento de la democracia también es ingente.

Sobre los efectos de este fenómeno existe muy amplio consenso: en sociedades muy polarizadas la calidad democrática necesariamente se resentirá.

Los efectos económicos son evidentes también: en entornos de alta conflictividad política las inversiones se retraen, los marcos regulatorios son volátiles y los mecanismos de creación de riqueza quedan obturados.

Sin embargo, las formas en que la polarización provoca estos procesos de deterioro económico y social pueden ser muy diferentes.

Algunos politólogos, inspirados en Giovanni Sartori, equiparan la presencia de partidos antisistema electoralmente exitosos, y la consiguiente polarización, con la secuencia “conflicto-protesta-parálisis”.

La República de Weimar en Alemania o la Segunda República española serían claros ejemplos de cómo grandes distancias ideológicas entre partidos extremos pueden conducir a oposiciones hostiles e irresponsables, competencia centrífuga y políticas de sobrepuja, dando lugar a altos niveles de inestabilidad sistémica y, eventualmente, colapso democrático.

Otros académicos señalan el impacto negativo que la polarización puede tener a efectos de estabilidad gubernamental y en las relaciones del poder ejecutivo con el legislativo.

La idea es que cuanto más se polarice la competición partidista en un país, más difícil será construir coaliciones legislativas estables y, por lo tanto, llevar a cabo las políticas públicas razonables en cada coyuntura.

En sistemas de partidos polarizados, se tienen más incentivos para politizar abiertamente la Administración, afectando al reclutamiento del servicio civil y, consecuentemente, a la continuidad y eficiencia del Estado.

En suma, los peligros de la polarización populista para la democracia liberal y constitucional me parecen evidentes.

Causas de la polarización

Encuentro tres tipos de explicación diferentes sobre las causas del fenómeno: la económica, la institucional y la cultural.

En buena medida, el aumento del apoyo a partidos extremos y el consiguiente aumento del nivel de polarización se deben a un pobre desarrollo económico, especialmente en tiempos de crisis.

En condiciones económicas desfavorables, los votantes culparán a los gobernantes como responsables del mal estado de la economía, mirando hacia aquellos líderes que propongan soluciones alternativas, simplistas y radicales.

Hay quien afirma que la “colusión” de los partidos políticos dominantes y su movimiento hacia posiciones centristas han dejado vacíos los márgenes del espectro político, regalando a los “outsiders” la oportunidad de representar a aquellos sectores del electorado con opiniones políticas más extremas.

Puede apreciarse también un factor cultural: debido a que, fruto de los procesos de europeización y globalización de las últimas décadas, los gobiernos nacionales han visto su soberanía claramente disminuida en temas económicos (en materia de inflación, reforma fiscal, etc.), la competencia política se ha centrado cada vez más en torno a temas y problemas culturales (aborto, inmigración, etc.), menos propensos al compromiso, más divisivos.

Así, se puede decir que tanto la crisis de los partidos políticos tradicionales como el cambio social han llevado, especialmente después de la Gran Recesión de 2008, a los altos niveles de polarización que hoy se observan en muchas democracias consolidadas.

El “partidismo negativo”

Hay autores que sostienen que la polarización política contemporánea es peculiar y hablan de la emergencia de un “partidismo negativo”. No es tanto que nos guste nuestro propio partido como que detestamos al otro.

Eric Groenendyk, de la Universidad de Memphis, encuentra evidencias de que mucha gente odia a sus adversarios políticos en parte porque está decepcionada con su propio partido: “En otras

palabras, parecen estar participando en la defensa de la identidad del 'menor de dos males'".

Al proteger su sentido de pertenencia, una intensa animosidad partidista activa lo que Groenendyk llama "rescate emocional". Si el rival es el diablo encarnado, entonces siempre será mejor apoyar a cualquier candidato propio, por mediocre que sea.

Según este esquema, los partidarios no se unen tanto por una causa o partido en el que creen como para luchar contra un enemigo colectivo.

"El partidismo extremo puede ser literalmente adictivo", escribe el psicólogo social Jonathan Haidt.

Y añade: "Al igual que las ratas que no pueden dejar de apretar un botón, los partisanos pueden ser simplemente incapaces de dejar de creer cosas raras".

Parte de la polarización no parece ser ideológica, ni siquiera racional. Podemos racionalizarla sobre bases ideológicas, pero en realidad consiste en satisfacer un anhelo profundo y atávico de pertenecer a un grupo y de vincularnos a nuestro grupo mostrando animosidad hacia un grupo externo.

Posibles remedios de la polarización política

Pensando en los posibles remedios de la polarización iré de lo más concreto a lo más general.

Primero, creo que habría que atacar la polarización yendo a la fuente. Y eso implica, para mí, aunque suene paradójico, el fortalecimiento y saneamiento de los partidos.

La formación de organizaciones fuertes es esencial para la institucionalización del sistema de partidos.

Es indispensable que los partidos dediquen parte importante de su tiempo y de sus recursos a la consolidación de maquinarias organizativas profesionales y transparentes que permitan un mayor arraigo social y un incremento de los niveles de confianza y

legitimidad en los actores esenciales del sistema democrático: ellos mismos.

Probablemente, el cambio institucional por sí solo no es suficiente: por eso es importante que los propios líderes políticos, las organizaciones internacionales, los profesionales, los educadores y, por último, pero no menos importante, los medios de comunicación, desempeñen un papel educativo que incentive la comprensión de la democracia, no como un juego de “suma cero”, sino como un terreno plural donde el debate constructivo y el respeto por el otro es básico.

Reflexiones sobre la idea de unidad política

Vivimos una época de desintegración social. No solo de polarización política sino, además, de fragmentación social.

La unidad (política) nos elude porque hemos olvidado lo que significa.

Hoy, en muchas democracias, los ciudadanos se sienten divididos y distanciados, y anhelan estar más unificados. Sin embargo, hemos perdido de vista lo que implica la unidad en una sociedad libre y compleja.

A veces imaginamos que una mayor cohesión resolvería rápidamente nuestros mayores problemas; que bastaría con suprimir nuestros desacuerdos.

Es un error. La unidad requiere un trabajo constante hacia una acción común, negociada más allá de las diferencias. No es un estado pacífico de felicidad, sino una forma de vida exigente.

Nuestra tradición política, la occidental, y sus instituciones, podrían enseñarnos a vivir ese sentido de unidad, si se lo permitimos.

Muchas apelaciones a la unidad son simplistas: apelaciones del tipo “si todo el mundo estuviera de acuerdo conmigo, nada se interpondría en el camino de nuestro país”.

Para abordar nuestras divisiones de manera más eficaz, debemos partir de una comprensión más realista de la cohesión en una democracia diversa.

Hay una idea profunda y práctica de unidad implícita en el constitucionalismo histórico, el que arranca de la Revolución Americana: en una sociedad libre y, por lo tanto, diversa, la unidad no significa pensar igual; la unidad significa actuar juntos. La diferencia es crucial.

La Constitución de los Estados Unidos fue elaborada por políticos muy conscientes de los peligros de las facciones y la división. James Madison, uno de sus arquitectos más destacados, comprendió particularmente bien la tensión en el corazón de la búsqueda estadounidense de la solidaridad:

"Mientras la razón del hombre siga siendo falible, y esté en libertad de ejercerla, se formarán diferentes opiniones", escribió.

Cualquier sistema democrático constitucional requiere algunos principios básicos en común. Pero si bien tales ideales ampliamente adoptados imponen límites morales a la vida política, hay un enorme espacio para el desacuerdo dentro de esos límites.

La política democrática es pluralista, está inevitablemente organizada en torno a nuestras disputas.

¿Cómo puede funcionar? ¿Cómo podemos actuar juntos sin pensar igual? Un sistema constitucional equilibrado debe inducir la competencia y la negociación entre facciones divergentes e impulsarlas hacia la acción común.

Ese tipo de acción común no siempre es cordial. Es polémico, arduo y conflictivo. Requiere tratar con personas con las que no estamos de acuerdo, y eso puede ser lento y desagradable.

Está dirigida a encontrar acomodaciones mutuamente aceptables precisamente reconociendo que no estamos de acuerdo, pero, juntos, pertenecemos a algo de mayor peso que nuestras divergencias.

El populismo es nocivo para la unidad porque viene a insistir en que las divisiones entre facciones políticas deben resolverse por mayoría simple de votos, y descarta la disposición compleja de cualquier sistema de instituciones superpuestas como antidemocrática.

Pero la idea de Constitución es más sensible que el populismo a los peligros de la división social. Acepta la premisa de que sólo el gobierno de la mayoría puede legitimar la acción pública, pero también encarna la idea compensatoria de que las mayorías a veces también pueden actuar de manera opresiva.

Y reconoce que las mayorías estrechas, en particular, a menudo son solo artefactos efímeros de los sistemas electorales que las crearon.

Por lo tanto, exige que el consenso popular sea demostrado por mayorías múltiples, duraderas y razonablemente amplias, en instituciones elegidas por diferentes circunscripciones de diferentes maneras.

División de poderes, federalismo, checks and balances, jurisdicción constitucional, son todas instituciones “contramayoritarias” que buscan atenuar el funcionamiento irrestricto del puro principio mayoritario: la mitad más uno de los votos no puede tener a su disposición cualquier cosa que apetezca.

El ambiente político actual es propicio a las llamadas “guerras culturales”; considera implícitamente que la cooperación a través de la diferencia es ilegítima o incluso moralmente poco seria.

Nuestro deseo de unidad debería movernos a redescubrir la lógica cooperativa del constitucionalismo.

Debería recordar a los actores políticos que la negociación productiva, y no los eslóganes performativos, es la forma de luchar eficazmente por sus electores.

Nuestro verdadero problema no es que hayamos olvidado cómo estar de acuerdo, sino que hemos olvidado cómo estar en desacuerdo. Cómo comprometernos de alguna manera con personas con puntos de vista opuestos.

La verdadera solidaridad no requiere unanimidad, sino una política constitucional de negociación y acuerdo; de nuevo: actuar juntos incluso cuando no pensamos igual.

Remedio institucional a la polarización

Es difícil dirigir y sostener una sociedad liberal moderna fundada en el compromiso, la tolerancia y reglas e instituciones impersonales. Lograrlo requiere un entorno de fortaleza institucional.

Esos entornos incluyen leyes formales como la Constitución, normas informales como el respeto de la ley y la veracidad, instituciones basadas en reglas como los mercados libres y las elecciones, un sistema de educación que inculca valores liberales y costumbres públicas que honran y defienden esos valores.

La Regla de Oro, la teoría del contrato social de Locke, la mano invisible de Smith, el imperativo categórico de Kant, el argumento de Mill a favor de la libertad intelectual y el constitucionalismo histórico...

... todos exigen que dejemos a un lado el faccionalismo y confiemos nuestros destinos a reglas abstractas y autoridades neutrales, con la condición de que los otros hagan lo mismo.

A lo largo de los siglos, gradualmente llegamos a dar por sentado estos entornos liberales, pero fue un error.

En la vida política, hemos dejado a un lado limitaciones jurídicas y morales. En la vida cívica, hemos sucumbido al cinismo sobre instituciones fundamentales.

En la educación, muchas universidades de élite alientan a los estudiantes a profundizar en sus identidades tribales en lugar de trascenderlas.

En los medios de comunicación, las nuevas tecnologías fomentan el aislamiento y el extremismo.

En el ámbito de las costumbres sociales, normas de tolerancia, veracidad y respeto a la ley han sido profundamente erosionadas.

Denigrar y debilitar los valores e instituciones liberales aumenta el miedo de que no podamos convivir pacíficamente y, por lo tanto, eleva el nivel percibido de amenaza.

Pero si los entornos liberales pueden desajustarse, también pueden reajustarse. Sabemos que esto es así porque varios países de todo el

mundo han establecido regímenes liberales duraderos y exitosos que han resistido desafíos aparentemente abrumadores.

Colectiva e individualmente, podemos elegir. Los individuos humanos estamos, en algunos aspectos, programados para el faccionalismo.

Pero no en todos los aspectos, y no en formas que seamos incapaces de resistir.

Y lo que es más importante, las sociedades humanas son más plásticas todavía, y pueden ser moldeadas por elecciones voluntarias, decisiones a su vez moldeadas por la razón, la buena voluntad y el buen diseño institucional.

Podemos tomar decisiones sobre nuestras vidas y formas de gobierno, y esas decisiones marcarán la diferencia.

Como ha dicho Haidt, el faccionalismo tribal puede estar preestablecido, pero no está programado.

La forma más importante de reconstruir las conexiones interpersonales, estoy convencido, es mediante el fortalecimiento institucional.

Se piensa poco en las instituciones. Pero reconstruirlas y pensar más institucionalmente son las piezas más importantes del rompecabezas.

El pensador norteamericano Yuval Levin ha hecho aportaciones muy interesantes en esta materia.

Tanto la pérdida de confianza del público en las instituciones como su negligencia para pensar en ellas –argumenta– han dejado un vacío en la vida cotidiana que causa frustración y hace que los problemas sean difíciles de resolver.

"Nuestra sociedad necesita algo que le falta pero que no está pidiendo", dice.

"Lo que nos falta, aunque rara vez lo decimos de esta manera, no es simplemente conexión, sino una estructura de la vida social: una forma de dar propósito, significado e identidad concretos, a las cosas que hacemos juntos".

Por instituciones se refiere, en términos generales, a "las formas duraderas de nuestra vida asociativa". Son las formas y estructuras de lo que hacemos juntos. Su debilitamiento hace que todo sea más difícil.

¿Qué es lo que más llama la atención de nuestro tiempo? La debilidad de nuestras instituciones, desde la familia hasta el gobierno, lo que nos hace menos capaces de manejar las presiones y de mantenernos unidos.

Ese debilitamiento nos abandona a algo parecido a una conexión sin forma, a una vida social sin soportes estructurales, que puede funcionar bien para las personas con mucho capital social disponible, pero no tan bien para aquellos que necesitan acumular su capital.

En muchos aspectos, las instituciones son enemigas del faccionalismo, al menos en el contexto de una sociedad liberal. Por definición, reúnen a las personas para un esfuerzo conjunto en proyectos comunes, lo que construye comunidad.

También socializan a los individuos y transmiten conocimientos y normas de generación en generación.

Debido a que son duraderas (o intentan serlo), tienden a tener una visión a largo plazo y desalientan el comportamiento que considera solo el interés propio a muy corto plazo.

Obligan a los individuos a consultar con otros antes de tomar decisiones y a hacerlos responsables de ellas.

En muchas ocasiones, pueden proporcionar estabilidad y recursos para amortiguar los impactos de las perturbaciones económicas y sociales.

Y al organizar el esfuerzo colectivo, hacen que las personas sean mucho más eficaces, lo que aumenta su sentido de responsabilidad y dignidad propias.

Por supuesto, las instituciones pueden actuar de manera particularista, antisocial u opresiva. Y pueden ser capturadas por el partidismo. Por eso necesitan supervisión y competencia sana.

Pero cuando despreciamos a las instituciones como obstáculos para la realización personal y las postergamos en un exceso de celo democratizador, no son reemplazadas por, digamos, maravillosas redes sociales que conectan y pacifican el mundo entero, sino por la atomización, la ineficacia y la vulnerabilidad, que, a su vez, engendran miedo y hostilidad.

No es casualidad que los populismos busquen denigrar a las instituciones.

Por eso hablo del fortalecimiento de los partidos con sentido institucional. Esto, sin duda, parecerá extraño.

¿No son los partidos, casi por definición, la fuente misma de la polarización partidista? En realidad, no.

Paradójicamente, el partidismo nunca ha sido más fuerte que hoy, pero las organizaciones de partido nunca han sido tan débiles, y esto no es una paradoja en absoluto.

Cuando tuvieron la capacidad de hacerlo, los aparatos de partido involucraron a los ciudadanos en el trabajo voluntario, dando a la gente común un sentido de compromiso político que el mero hecho de votar no proporciona.

Hasta que perdieron el poder para hacerlo, examinaron a los candidatos, excluyendo a los incompetentes, a los sociópatas y a los que no tenían interés en gobernar.

Lamentablemente, el debilitamiento de los partidos como organizaciones ha llevado a los individuos a unirse en torno a los partidos como marcas, convirtiendo la política en política de identidad.

Dicho de otra manera, cuanto más se debilitan los partidos como instituciones, cuyos miembros están unidos por la lealtad a su organización, más se fortalecen como tribus, cuyos miembros están unidos por la hostilidad hacia su enemigo (real, exagerado o inventado).

Pero somos criaturas racionales, capaces de analizar y comprender las fuerzas que nos acosan, y, por tanto, capaces de responder.

Actuar contra la polarización requerirá redescubrir y volver a comprometerse con virtudes como la legalidad y la veracidad, la paciencia y el compromiso.

No veo otro camino.

Muchas gracias.